

BIBLIOTECA ECONOMICA



→ NUMERO 45. ←

BALZAC

HISTORIA DEL EMPERADOR NAPOLEON,

CONTADA EN UNA GRANJA POR UN VETERANO DE SUS
EJERCITOS



Editor, Francisco A. Gamboa

San Salvador, Centro América.

1900

Tipografía LA LUZ.

BIBLIOTECA ECONOMICA

Francisco A. Gamboa, EDITOR.

SAN SALVADOR, C. A.

Edición de 2,000 ejemplares.

Colección de los mejores autores nacionales
y extranjeros. Se publican 3 volúmenes
por mes. Valor de cada volumen,
UN REAL (\$ 0.12½ centavs)

  
EXTENSA CLIENTELA DE ANUNCIADORES.
   

La serie de 10 volúmenes, encuadrada, vale **dos pesos** plata y se remite libre de porte á cualquier lugar de Centro-América ó del exterior.

No se atienden los pedidos que no sean pagados anticipadamente.

La *Biblioteca Económica* se vende en San Salvador en la *Librería Española* de Jaime Gonzalbo, en la peluquería "*El Comercio*" y en casa del editor.

Anticípese un peso por suscripción á 8 números.

Las personas de esta ciudad que deseen suscribirse pagando número por número [de real en real], se servirán avisarlo al Editor, quien *les mandará las entregas á domicilio.*

BALZAC

HISTORIA DEL EMPERADOR NAPOLEÓN, CONTADA EN UNA
GRANJA POR UN VETERANO DE SUS EJÉRCITOS.

NOTICIA BIOGRAFICA Y LITERARIA

HONORATO DE BALZAC, fundador del naturalismo y padre de la novela moderna, nació en Tours en 1799; murió en París en 1850.

Al principio de su carrera escribió considerable número de obras que publicó firmadas con un seudónimo. *El último Chuan* fue la primera novela que apareció con el nombre de BALZAC. Produjo mucho ruido y colocó desde luego á su autor en puesto muy visible entre los literatos de su tiempo.

BALZAC se dedicó también al teatro; pero con muy mala fortuna. Su estremo como escritor fue una tragedia sobre Cromwell. De sus obras dramáticas, la única que sobrevive es *Mercadet*, incluída en el repertorio de la Comedia Francesa.

Sus principales obras son: *Fisiología del matrimonio*, *La piel de Zapa*, *César Birotteau*, *El lirio del valle*, *Cuentos filosóficos*, *La investigación de lo absoluto*, *Eugenia Grandet*, *El médico de aldea*, *El padre Goriot*, *Los parientes pobres*, *Farragás*, *XXIII*, *La mujer de treinta años*, *Memorias de dos jóvenes recién casadas*.

Pocos años antes de morir hizo una edición completa de sus obras, con el título de *Comedia humana*, la cual subdividió en tres grupos: *Estudios de costumbres*, *Estudios filosóficos* y *Estudios analíticos*.

Terminaremos la presente noticia con los siguientes párrafos que al gran novelista consagra Emilio Zola en uno de sus magistrales estudios críticos.

“¡Qué singulares caminos elige el destino á veces para hacer un gran hombre! Balzac ha muerto, y no tenemos más que su monumento ante la vista: nos asombra por su altura; permanecemos llenos de respeto delante de trabajo tan prodigioso. ¿Cómo ha podido un obrero labrar por sí solo semejante mundo? Y si escudriñamos la historia de ese obrero, averiguamos que trabajaba sencillamente para pagar sus deudas. Sí, ese gigante infatigable no era más que un deudor acosado por sus

acreedores, que acaba una novela para liquidar un pagaré, que amontonaba páginas para evitar un embargo, que hacía ese milagro de producción soberbia mirando únicamente á los vencimientos de cada mes. Parece que bajo el aguijón de necesidades siempre apremiantes, el cerebro ha estallado, rompiendo en una explosión de obras maestras."

.....

"Sólo tal hombre podía escribir la epopeya moderna. Era preciso que hubiese pasado por la quiebra para componer su admirable *César Birotteau*, que es tan grande en su perfumería como el héroe de Homero delante de Troya. Era preciso que hubiese andado por el arroyo de París con zapatos rotos para conocer las miserias de la vida, y levantar los tipos eternos de los Goriot, de los Felipe Bridau, de los Marneffe, de los barones Hulot, de los Rastignac. Un hombre dichoso, que hubiese digerido sosegadamente y pasado los días sin sacudimientos, jamás habría descendido á esa fiebre de la existencia actual. Balzac, actor del drama del dinero, ha extraído del dinero todo lo terriblemente patético que encierra en nuestra época; y ha analizado asimismo las pasiones que mueven á los personajes de la comedia contemporánea; ha pintado admirablemente su tiempo, porque sufrió los males de su tiempo. Es el soldado colocado en el centro de la batalla de la vida, que lo ve todo, que se bate por su propia cuenta, y que refiere la acción en la fiebre misma de la lucha."

.....

"M. H. Taine, en un antiguo estudio que hizo sobre él, tuvo que remontarse hasta Shakespeare para encontrarle un igual. Y la comparación es exacta. Sólo Shakespeare, en efecto, ha dado á luz una humanidad tan grande y tan viva. Son dos creadores de almas de la misma potencia, nacidos en dos sociedades diferentes. Uno y otro nos han dejado sus obras como vastos almacenes de documentos humanos. La gloria de Balzac está en eso. Otros han podido escribir en nuestra patria con más corrección y brillo; otros han podido ostentar una imaginación más equilibrada; otros han podido sobresalir en la lógica de los sentimientos, en la creación de figuras perfectas; pero nadie ha escudriñado más hondamente la humanidad; nadie, en suma, ha acumulado una masa más considerable de documentos."



INTRODUCCION.

LOS DOS SOLDADOS

Voy á enseñarle á U., dijo el médico al oficial, cuando llegaron á una pequeña garganta por donde los dos ginetes desembocaron á un extenso valle, uno de los dos soldados que han vuelto á este país después de la caída de Napoleón. Si no me engaño, le hallaremos muy cerca de aquí, ocupado en abrir una especie de depósito natural donde se reúnen las aguas de la montaña, y que está cegado por las tierras que las corrientes han acarreado. Mas para que U. se interese por este hombre, es necesario que le refiera su vida.—Llámase Gondrin, y salió soldado cuando se hizo la gran quinta en 1792; tenía á la sazón 18 años y fue destinado á la artillería. Hizo las campañas de Italia de soldado raso á las órdenes de Napoleón, le siguió á Egipto y regresó de Oriente cuando se hizo la paz de Amiens: en tiempo del imperio pasó á los pontoneros de la guardia y continuó sirviendo en Alemania, yendo últimamente el pobre hombre á parar á Rusia.

—Somos algo camaradas, dijo el oficial de caballería; precisamente he hecho yo las mismas campañas. Necesario ha sido tener cuerpos de bronce para haber resistido los rigores de tan opuestos climas. No parece á fe mía, sino que el Ser Supremo expidió alguna patente de invención para vivir á todos cuantos tienen aún los huesos de punta después de haber atravesado la Italia, el Egipto, la Alemania, Portugal y Rusia.

—Así es que va U. á ver un hombrón, repuso el médico. Inútil es hablarle á U. de la derrota, puesto que la conoce. —Este individuo, que era uno de los pontoneros del Beresina, contribuyó á la construcción del puente por donde pasó el ejército, y para asegurar sus prime-

ros borriquetes se metió en el agua hasta la cintura. El general Eblé, á cuyas órdenes estaban los pontoneros, no pudo hallar más que cuarenta y dos bigotudos, como dice Gondrin, para emprender semejante obra. El general mismo se metió en el agua para animarlos y consolarlos, prometiéndole á cada uno la cruz de la legión de honor y mil francos de pensión. Al primero que entró en el Beresina le llevó una pierna un gran témpano de nieve, y el hombre desapareció tras de él. U. se penetrará mejor de las dificultades de la empresa por sus resultados: de los cuarenta y dos pontoneros que la acometieron, no queda en el día más que Gondrin; treinta y nueve de ellos perecieron en el paso del Beresina, y los dos restantes acabaron miserablemente en los hospitales de Polonia. Este pobre soldado no volvió de Wilna hasta el año de 1814, después de la entrada de los Borbones. El general Eblé, de quien jamás hace mención Gondrin sin que se le arrasen de lágrimas los ojos, había muerto; el pontonero, que quedó sordo y enfermo, y que no sabía leer ni escribir, no ha encontrado después defensor ni apoyo. *Llegó á París pidiendo limosna:* ha dado algunos pasos en el Ministerio de Guerra á fin de conseguir, no los mil francos de pensión prometidos, ni la cruz, sino el mero retiro á que tenía derecho al cabo de veintidós años de servicio y de no sé cuantas campañas; el infeliz no ha conseguido ni abono de sus atrasos, ni indemnización de ruta, ni pensión. Después de un año de pretensiones inútiles, y durante el cual vivió de la caridad de todos aquellos á quienes salvó la vida, ha regresado aquí el pobre pontonero afligido pero resignado. Este héroe desconocido se ocupa en abrir zanjas á tres reales por cada toesa. Acostumbrado á trabajar en los pantanos, dice que se ha rematado á su favor la empresa de las obras que no quieren los demás trabajadores. Saneando los parajes pantanosos, y abriendo zanjas en los prados

inundados puede ganar unos tres francos al día. La sordera de que adolece, le da cierto aire triste; es poco hablador naturalmente, pero está lleno de fuego. Como somos muy amigos, me acompaña á la mesa los días de los aniversarios de la batalla de Austerlitz, de la fiesta del Emperador, del desastre de Waterloo; y á los postres le presento un napoleón para pagar el vino que consume cada tres meses. Todos los vecinos del pueblo participan del respeto que tengo á este hombre, y nada desearían tanto como el mantenerle á sus expensas: si trabaja es por orgullo. En cuantas casas entra le saludan cordialmente y le convidan á comer. No he podido conseguir que acepte mi napoleón sino como retrato del Emperador. La injusticia que se ha cometido con él le ha affligido profundamente, pero siente más el no tener la cruz que carecer de la pensión. Sólo una cosa le consuela, y es que cuando el general Eblé presentó al Emperador los pontoneros que se salvaron después de contruidos los puentes, Napoleón abrazó á nuestro pobre Gondrin, que sin este testimonio de aprecio acaso habría ya muerto; este recuerdo y la esperanza de la vuelta de Napoleón contribuyen á que tenga apego á la vida: nada puede convencerle de que ha muerto: y persuadido de que su cautividad es obra de los ingleses, yo creo que mataría con el menor pretexto al más distinguido Alderman de los que viajan por recreo.

—¡Vamos! vamos! exclamó el oficial como despertando de la profunda atención con que escuchaba al médico, vamos pronto, ya se me hace tarde el couocer á ese hombre.

—El otro soldado, repuso el médico, es igualmente uno de esos hombres de hierro que han rodado por nuestros ejércitos. Ha vivido como viven todos los soldados franceses, de balas, reveses y victorias; ha padecido mucho y siempre ha sido simple soldado: tiene un carácter

jovial; ama hasta el fanatismo á Napoleón, que le dio la cruz sobre el campo de batalla de Valutina. Como buen hijo del Delfinado, ha tenido el mayor cuidado en tener corrientes sus negocios; así es que disfruta de sus pensiones de retiro y de la cruz de la legión de honor. Este es un soldado de infantería, llamado Goguelat, que pasó á la guardia en 1812: es en cierto modo el ama de gobierno de Gondrin, y ambos viven en casa de la viuda de un buhonero, á la cual entregan su dinero: la buena mujer les da casa, los mantiene, los viste y los cuida como si fueran sus hijos. GOGUELAT *desempeña las funciones de cartero*, y en este concepto está al corriente de todas las noticias del distrito; la costumbre de contarlas le ha puesto en posesión de ser el orador de las velas y el historiador de tabla. Gondrin lo mira como un hombre muy agudo y despejado. Cuando Goguelat habla de Napoleón, se diría que el pontonero adivina las palabras por el movimiento de los labios. En la vela que habrá esta noche en una de mis granjas, si podemos verlos sin que nos vean, yo haré de modo que U. oiga la verdadera historia de Napoleón, la que se cuenta al pueblo; pero ya estamos cerca de la gavia, y no descubro á mi amigo el pontonero.

El médico y el comandante miraron con atención por allí cerca, pero no vieron más que la pala, el pico, la carretilla y la chaqueta militar de Gondrin cerca de un montón de lodo negro, pero no vestigio alguno del hombre en los diversos senderos pedregosos por donde corrían las aguas y que eran una especie de agujeros caprichosos cubiertos casi todos por pequeños arbustos.

—No puede estar muy lejos. ¡Hola! Gondrin! gritó Benassis.

El militar descubrió entonces el humo que salía al parecer de una pipa por entre las ramas que había en un barranco y lo indicó al médico, que volvió á llamarle.

Muy pronto levantó la cabeza el viejo pontonero, divisó al médico y bajó por una senda.

—¡Ola, viejo mío! le dijo el médico formando una especie de trompetilla con la palma de la mano, aquí te presento un camarada, uno de los de Egipto que ha querido conocerte.

Gondrin levantó prontamente la cabeza y mirando á Genestas con la mirada penetrante é investigadora que los soldados veteranos han sabido adquirir á fuerza de medir con velocidad los peligros, vio la cinta encarnada del comandante, y llevó silenciosamente el revés de la mano á la frente.

—Si el motiloncillo viviese todavía, le dijo en voz alta el oficial, tendrías la cruz y un buen retiro, porque tú salvaste la vida á cuantos llevan charreteras y entorchados y estaban en la margen opuesta del río en 1º de Octubre de 1812; pero, amigo mío, añadió el comandante apeándose y tomándole la mano con una repentina efusión de corazón, yo no soy Ministro de la Guerra.

Al oír estas palabras, y enderezándose el viejo pontonero, quitando cuidadosamente la ceniza á la pipa y guardándola, dijo meneando la cabeza:—Mi comandante, yo no he hecho más que cumplir con mi obligación, pero otros no han llenado la suya respecto de mí. Me han pedido mis documentos: mis documentos, les he contestado yo, se reducen al boletín vigésimo noveno.

—Camarada, es necesario reclamar de nuevo; con alguna protección que se proporcione, es imposible que dejes de obtener justicia.

—¡Justicia!... exclamó el viejo pontonero con un tono que conmovió al médico y al comandante.

Hubo un momento de silencio, durante el cual los dos caballeros se pusieron á considerar este resto de los soldados de bronce que Napoleón había escogido en tres

generaciones. Gondrín era á la verdad una excelente muestra de aquella masa indestructible que se quebrantó sin romperse. Este veterano tenía apenas cinco pies; su busto y sus espaldas se habían ensanchado prodigiosamente; su rostro curtido y con arrugas, pero con buena musculatura, conservaba aún algunos vestigios de marcialidad. Todo descubría en él cierta aspereza y aun su frente parecía de piedra; sus cabellos ralos y canosos le caían á los lados como si faltase ya la vida á su cansada cabeza; sus brazos, cubiertos de vello así como el pecho que se descubría en parte por la abertura de su grosera camisa, anunciaban una fuerza extraordinaria; en fin, apoyábase sobre sus piernas casi torcidas como sobre una base indestructible.

—¡Justicia! volvió á repetir, jamás la habrá para nosotros. Nosotros no tenemos protectores que pidan lo que se nos debe. Y como es indispensable llenar la andorga, dijo dándose palmadas en el vientre, no tenemos tiempo de esperar. Por lo tanto, considerando que las palabras de los empleados que pasan la vida calentándose en las oficinas no tienen la virtud de las legumbres, me he vuelto á cobrar mi paga que está asegurada en el fondo común, dijo tocando el lodo con su pala.

—¡Mi buen camarada, dijo el oficial, esto no puede continuar así: te debo la vida, y yo sería un ingrato si no te prestase algún apoyo. Yo me acuerdo muy bien haber pasado por los puentes que se echaron en el Beresina, conozco también algunos valientes que conservan bien fresca la memoria, y me ayudarán á fin de que seas recompensado por la patria como merecen tus servicios.

—¡Le llamarán á U. bonapartista! No se meta U. en eso, mi comandante. Además, yo he hecho mi retirada y me he acomodado á esta especie de vida. Lo que no esperaba ciertamente, después de haber viajado

en los camellos del desierto y haber echado un trago en el hogar de Moscou, era el morir á la sombra de los árboles que mi padre plantó: al decir esto volvió á poner mano á su trabajo.

—¡Pobre viejo! dijo el comandante. Hallándome en su caso, obraría como él: ya no existe nuestro padre. Caballero, dijo al médico, la conformidad que este hombre muestra con su suerte me causa la más profunda tristeza; no sabe él cuánto me interesa; acaso vaya á creer que yo soy uno de los muchos tunos que hay cargados de bordados, pero que se muestran insensibles á las miserias del soldado. En este momento se vuelve de repente al pontonero, y tomándole la mano le dijo al oído en alta voz:—Por la cruz que llevo al pecho, y que en otro tiempo significaba *honor*, que haré cuanto dependa del humano arbitrio para conseguirte una pensión, aun cuando supiera que me había de costar diez repulsas del Ministro, incomodar al Rey, al Delfín, al infierno mismo.

—Al oír estas palabras se conmovió el viejo jornalero, miró al comandante, y le dijo:—¿U. ha sido también soldado raso?

—Bajó la cabeza el comandante, y entonces limpiándose la mano el pontonero, tomó la del oficial, y con la más viva expresión, le dijo:—Mi General, cuando me eché al agua en el Beresina di al ejército mi vida de limosna; y puesto que aun me mantengo sobre las canillas, todavía salgo con ganancias. Mire U. ¿quiere ver hasta el fondo de mi corazón? ¡Pues bien! desde que se eclipsó *nuestro hombre*, he perdido el gusto para todo. Al fin, aquí me han señalado, dijo mostrando la tierra, veinte mil francos, y yo los voy cobrando en jornales.

—Vamos, camarada, dijo el oficial enternecido con la sublimidad de este perdón, por lo menos tendrás aquí la única cosa que no puedes evitar que yo te dé.

—Poniéndose la mano sobre el corazón, clavó un

momento la vista en el pontonero, y montó á caballo.

—Después de comer, dijo el médico, U. verá y oirá al orador Goguelat.



HISTORIA DEL EMPERADOR NAPOLEON, CONTADA

EN UNA GRANJA POR UN SOLDADO VIEJO



—Vamos ahora á mi granja, dijo el médico á su huésped, ya tengo preparados algunos señuelos que inciten á hablar á Goguelat, nuestro cartero, acerca del dios del pueblo.

—Mi mozo de mulas nos ha dispuesto una escalera para que nos metamos en el pajar por una claraboya, y desde allí podremos ver toda la escena. Créame U., no será la primera vez que me he metido en un pajar para oír alguna relación de soldado ó algún cuento de aldeano. Ocultémonos bien; si estas buenas gentes llegasen á descubrir algún extraño, empezarían á hacer cumplimientos, y ya no serían los mismos.

—Y yo, mi querido patrón, dijo Genestas ¿no he aparentado con frecuencia estar dormido para tener el gusto de oír á mis soldados cuando nos quedábamos al raso? Mire U., jamás me he reído en los teatros de París tan de corazón como al oír la narración de la derrota de Moscou, referida en estilo bufón por un viejo sargento de caballería ó algunos jóvenes quintos que tenían miedo á la guerra. Decía que el ejército francés se iba

de vareta en sus mismas camas, que las bebidas eran con nieve, que los muertos se detenían en el camino, que se había visto la Rusia blanca, que se limpiaban los caballos á mordiscos, que á los aficionados á patinar no les había quedado qué desear; que los amantes de gelatinas de carnes habían tenido cuanto quisieron; que las mujeres eran casi todas frías, y que la única cosa que generalmente había disgustado era el haber carecido de agua caliente para afeitarse. En fin él les encajaba unas bolas tan chistosas que un viejo furriel llamado *Nariz perdida* por habérsela dejado helada por allá, no podía tenerse de risa.

—¡Silencio! dijo Benasis, ya hemos llegado; yo pasaré adelante, sígame U.

— Ambos treparon por la escalera y se metieron entre unos haces de heno, sin que los vieran los aldeanos que componían el auditorio, por encima de los cuales se hallaban colocados de manera que todo lo veían sin ser vistos. Reunidos en grupos al rededor de tres ó cuatro velas de sebo, unas mujeres cosían, otras hilaban, otras estaban oyendo con la gaita tan larga clavados los ojos en un viejo aldeano que les contaba una historia. Los más de los hombres estaban de pie ó recostados sobre haces de heno. Estos grupos, que guardaban el más profundo silencio, estaban apenas iluminados por los reflejos vacilantes de las velas rodeadas de globos de cristal llenos de agua que concentraban los rayos de luz sobre la labor que hacían algunas de las mujeres. La extensión de la granja, cuyo alto quedaba sombrío, debilitaba aún aquellos reflejos que iluminaban con desigualdad las cabezas, produciendo pintorescos efectos de claro oscuro. Por aquí brillaba la frente trigüeña y los ojos vivos de una aldeanita curiosa; por allá algunas ráfagas luminosas descubrían las rústicas facciones de algunos hombres de edad y dibujaban caprichosamente sus vestidos usados ó

descoloridos. Todos estos oyentes atentos y en diversas posturas expresaban en sus fisonomías inmóviles el completo abandono que hacían de su inteligencia á favor del orador. Era verdaderamente un cuadro curioso, en que brillaba la prodigiosa influéncia que la poesía ejerce sobre todos. Exigiendo del orador una serie de maravillas ó imposibles que no choquen y á que pueda prestarse algún crédito ¿no se muestra el aldeano partidario de la más pura poesía?

—Veamos, Goguelat, dijo el guarda de campo, cuéntanos del Emperador.

—La vela está ya muy avanzada, dijo el cartero, y no me gusta abreviar las victorias.

—¡No importa, di allá! Ya las conocemos por haberlas oído varias veces; pero son cosas que siempre nos agradan y que jamás nos cansan.

—¡Háblenos del Emperador! dijeron muchos á un tiempo.

—Pues que así lo queréis, respondió Goguelat, me conformo; pero vais á ver que esto no puede satisfacer cuando se refiere á paso de carga. Más bien os contaré una batalla. ¿Queréis que os cuente la de Champ-Aubert, donde llegaron á faltar los cartuchos y donde salimos del paso á la bayoneta?

—¡No! ¡no! ¡del Emperador! ¡del Emperador!

El cartero se levantó del haz de heno, dirigió á los concurrentes aquella sombría mirada cargada de miserias, de sucesos y padecimientos que distingue á los soldados viejos; tomó su chaqueta por los delanteros como si fuese á guardarla en la mochila en que antes metía su vestuario, sus zapatos, toda su fortuna; después, apoyando el cuerpo sobre la pierna izquierda, avanzó la derecha y se prestó gustoso á los deseos de los concurrentes. Después de haber echado sus cabellos canos á un lado de la frente para dejarla descubierta, levantó los ojos al cielo,

á fin de ponerse á la altura del hombre cuya historia iba á contar.

“Pues, señores, Napoleón *nació en Córcega*, que es una isla francesa, *á la cual alumbra el sol de Italia*, donde todo hierve como en un horno, y en donde desde Adán hasta el día, se matan los unos á los otros por un quitame esas pajas: esta es una extravagancia que ellos tienen. Para daros desde luego una idea de lo extraordinario de esta historia, os diré que su madre, que era una de las mujeres más guapas de aquel tiempo, y despierta como ella sola, concibió la idea de ofrecérselo á Dios, para librarle de todos los peligros de la infancia y de la vida, porque ella señó que estaba ardiendo el mundo el día en que nació. ¡Esta era una profecía! Así pues, le pidió á Dios que lo protegiese, con la condición de que Napoleón restablecería su santa religión, que estaba entonces por tierra. Esto fue lo tratado, y las consecuencias las hemos visto.

No hay más que seguirme ahora, y decidme si lo que vais á oír es natural.

Es cierto y seguro que solamente un hombre que hubiese tenido la imaginación de hacer un pacto secreto podía ser capaz de pasar por medio de las líneas enemigas, por entre las balas y descargas de metralla que nos arrasaban como moscas, *y que respetaban su cabeza*. Yo mismo tuve evidencia de esto, particularmente en la batalla de Eylau. Paréceme que aun lo estoy viendo sobre una altura tomar su anteojo, mirar la batalla y decir: ¡Esto va bien! Uno de los muchos intrigantes con bordados que lo jorobaban infinito y que eran como su sombra, aun en los momentos en que comía, quiere hacer el importante y ocupa el puesto del Emperador apenas se retira. No bien llega, cuando una pelota de á doce se le puso debajo del morrión. Bien conoceréis que Napoleón se había comprometido á guardar el secreto tan

sólo para sí. Hé aquí por qué cuantos le acompañaban, aun sus más íntimos amigos, caían como nueces: díganlo sino Duroc, Bessieres, Lannes, que eran fuertes como barras de acero fundidas por él mismo para su uso. En fin, la prueba de que él era el hijo de Dios, criado para ser el padre del soldado, es que no se le vio ni teniente ni capitán. ¡Sí! ¡sí! General en jefe al momento. No representaba arriba de veintitrés años y ya era un experimentado General, desde la toma de Tolón, donde empezó por hacer ver á muchos que no entendían un palote en esto de manejar la artillería. Por este tiempo nos viene, como caído de las nubes y flaco como un espárrago, destinado de general en jefe del ejército de Italia, que estaba hambriento, desnudo, descalzo, falto de municiones; en una palabra era el ejército de las privaciones. “*Amigos míos, nos dice, acá estamos todos. Que se os meta en la chola que dentro de quince días seréis vencedores, que recibiréis vestuario nuevo, que tendréis buenos capotes y botines y famosos zapatos; pero, hijos míos, es necesario marchar para ir á recibirlos en Milán, que es donde los hay.*” Todo se pone en movimiento: el francés desalentado, pegado el vientre al espinazo, se anima. Nosotros éramos treinta mil espectros andrajosos contra ochenta mil robustos alemanes, gente de pro, y bien provista y á los que me parece estar viendo. Napoleón, que no era entonces más que Bonaparte, nos encajó mil demonios en el cuerpo, y caminando de día y marchando de noche, *los batimos en Montenotto*, los destruimos en Rivoli, Lodi, Arcole y Millesino, sin dejarlos reposar. Entonces Napoleón envuelve á aquellos Generales alemanes que no sabían en donde meterse para respirar, los fastidia á su placer, me les atrapa alguna vez sus diez mil hombres de una redada sin más que cercarlos por mil y quinientos franceses á quienes hacía maniobrar á su manera. Finalmente les toma toda la artille-

ría, víveres, municiones, dinero y cuanto bueno había á que echar mano; los arroja al agua; los bate en las montañas; los alcanza en el aire, los devora en la tierra y en ninguna parte *los deja tranquilos*. Ya tenemos tropas á quienes les brilla el pelo, porque, es menester tener presente: el Emperador, que era también un hombre de talento, se hacía estimar de los habitantes del país, á quienes decía que había ido á darles libertad. Entonces, el paisano nos aloja y nos acoge bien, *las mujeres también, que eran muy juiciosas*. Por último en Ventoso de 1796, que en aquel tiempo era lo mismo que ahora el mes de mayo, estábamos en un rincón del país de las marmotas; pero cátanos después de la campaña, dueños de toda la Italia, como Napoleón lo había predicho; y en el siguiente mes de marzo, en un año tan sólo y dos campañas, nos conduce á la vista de Viena, dejando bien barrida la retaguardia. Ya nos habíamos merendado tres ejércitos diferentes, y batido cuatro Generales austriacos, de los cuales uno viejo y cubierto de canas, pereció como harpa vieja entre los jergones de Mantua. ¡Los reyes pedían misericordia de rodillas! La paz estaba conquistada.

¿Habría podido un hombre hacer esto? No: es indudable que Dios le ayudaba. Él se subdividía como los cinco panes del Evangelio; de día mandaba la batalla, por la noche la preparaba; *los centinelas le veían ir y venir*, y no dormía ni comía. Entonces viendo el soldado estos prodigios, lo adopta como padre, ¡Adelante! Los otros en París, al ver todo esto, se decían: “Hé aquí un peregrino que al parecer *recibe las órdenes allá en el cielo*; es muy capaz de apoderarse de la Francia; es necesario enviarlo á la América ó al Asia, acaso quedará contento! Esto estaba escrito para él como para Jesucristo. Lo cierto es que le dieron órdenes para encaminarse á Egipto. Hé aquí su semejanza con el hijo de Dios. Aun hay más. Reúne sus mejores soldados, aquellos

á quienes con particularidad había hechizado y les habló así: “¡Amigos míos, por ahora nos dan el Egipto á roer, pero nos lo tragaremos, en un tiempo y dos movimientos, como hemos hecho con la Italia. Los soldados rasos serán Príncipes con excelentes tierras propias! ¡Marchemos!” ¡Marchemos! amigos míos, repiten los sargentos; y diciendo y haciendo llegamos á *Tolón, que es camino para Egipto*. Los ingleses tenían entonces todos sus barcos en la mar, pero cuando nos embarcamos, nos dijo Napoleón: “¡Estad ciertos de que no nos verán, y bueno es que sepáis desde ahora que vuestro General tiene una estrella en el cielo que nos guía y nos protege!” Así como lo dijo así sucedió. Al paso *nos apoderamos de Malta, como de una naranja* para apagar la sed de victorias que lo enardecía, porque era un hombre que no podía estar sin hacer algo. Ya estamos en Egipto. ¡Bravo! Allí nos dan otra consigna. Los egipcios son unos hombres que, desde que el mundo es el mundo han tenido la costumbre de tener gigantes por soberanos, numerosos ejércitos como de hormigas; porque este es un país de genios y de cocodrilos, donde han construido unas pirámides tan grandes como nuestras montañas, debajo de las cuales han tenido la extravagancia de meter á sus reyes para mantenerlos frescos, cosa que les gusta mucho. Al desembocar nos dijo el *petit-Caporal*: “¡Hijos míos, los países que vais á conquistar creen en un montón de dioses que es necesario respetar, porque el francés debe ser amigo de todo el mundo y batir á los pueblos sin vejarnos. Meteos en la calavera el no tocar á nada ahora, porque después lo tendremos todo! ¡Marchad!” Hasta aquí todo va á las mil maravillas; pero aquellas gentes á quienes Napoleón estaba anunciando bajo el nombre de Kebir-Bonaberdis, que es una palabra de su idioma que quiere decir: *el sultán hace fuego*, conciben un miedo diabólico. Entonces el Gran Turco,

el Asia y el Africa, recurren á la magia y nos envían un demonio, nombrado el *Mady*, que se sospechó bajado del Cielo en un caballo que era incombustible como el que lo montaba, á quienes las balas de artillería no podían ofender, y que ambos vivían del aire. Hay personas que le vieron, mas yo no puedo asegurarlo por mí mismo. Las potencias de la Arabia y los Mamelucos pretendían hacer creer á sus tropas que el Mady podía evitar que muriesen en las batallas, pretextando que era un ángel enviado para pelear con Napoleón y quitarle el sello de Salomón, que era uno de sus instrumentos, y que aseguraban que nuestro General había robado. *Bien comprenderéis que á pesar de esto les torcimos la gaita.*

Ahora, decidme ¿cómo habían sabido el pacto de Napoleón? ¿era esto posible?

Lo cierto es que ellos creían á puño cerrado que él mandaba á los genios, y que se transportaba en un abrir y cerrar de ojos de un punto á otro, ni más ni menos que un pájaro. Sea lo que se quiera, es evidente que él estaba en todas partes. Por último, decían ellos, que venía á robarles una Reina, hermosa como la luz del sol, por la que había ofrecido todos sus tesoros y diamantes como huevos de paloma, pero que el Mameluco á quien pertenecía se había negado á la venta, á pesar de que tenía otras. Hallándose las cosas en este estado, no era posible arreglarlas sino á costa de muchos combates: no escasearon ciertamente, pues que hubo sobrados trastazos para todos. Entonces formamos nuestras líneas en Alejandría, Giseh y delante de las pirámides. Fue indispensable hacer marchas con un sol abrasador, y por arenales, donde los pobretes cortos de vista veían aguas de que no se podía beber, y sombras que hacían sudar. *Pero nosotros cardábamos frecuentemente la lana á los Mamelucos*, todo cedía á la voz de Napoleón, que se apoderó del Alto y del Bajo Egipto, de la Arabia, y en

fin hasta de las capitales de los reinos que ya no existían y donde había millares de estatuas, los quinientos diablos de la naturaleza, y, lo que es más particular, una infinidad de lagartos, una inmensidad de territorio en que cada cual podía tomar cuantas fanegas de tierra quisiese sin más que quererlas. Mientras él se ocupaba de los negocios en el interior, donde tenía intención de hacer cosas soberbias, formar un instituto, y fábricas de cuanto hay, le queman los ingleses su escuadra en la batalla de Abukir, *porque los malditos no sabían qué hacer para oponerse á nuestros proyectos.* Pero Napoleón, que poseía la estimación del Oriente y del Occidente, á quien el Papa llamaba hijo: y el primo de Mahoma, su querido padre, quiere vengarse de la Inglaterra y apoderarse de sus Indias en indemnización de su escuadra. Iba á conducirnos al Asia, por el mar Rojo, á unos países donde no hay más que diamantes y oro para pagar al soldado, y palacios para alojarlos, cuando el Mady entra en tratados con la peste y nos la envía para interrumpir el curso de nuestras victorias: ¡Hagamos alto! Todos y cada uno desfilan entonces de esta parada de que ninguno vuelve por su pie. Moribundo el soldado no puede tomar á San Juan de Acre, donde entramos tres veces con una obstinación generosa y marcial. Pero la peste podía más, y no había tutía: todo el ejército estaba postrado. Napoleón era el único que se mantenía fresco como la propia rosa, y todo el ejército lo vio beber la peste sin que le hiciese el menor daño.

“Díganme UU. ahora ¿creen que esto fuese natural?”

Sabiendo los Mamelucos que todos nosotros estábamos en los hospitales, trataron de cerrarnos los caminos; pero con Napoleón no era posible esta pasada. Así, pues, dijo á aquellos de sus demonios que tenían el cuero más duro que los demás: —“A ver si váis á desembarazarme el paso.” Junot, que era todo un granadero y además

su verdadero amigo, no tomó más que mil hombres, y con ellos hizo trizas el ejército de un bajá que intentaba interponerse. Entonces *volvimos al Cairo*, que era nuestro cuartel general: aquí empieza otra historia. Hallándose Napoleón ausente, la Francia había dejado abatir su fuerza por la gente de París, que retenía la paga del soldado, sus enseres y vestuario, dejándole morir de hambre, y pretendiendo sin embargo que dictase leyes al universo, sin inquietarse por cosa alguna. Era aquella familia una caterva de imbéciles que sólo se ocupaban de charlar en lugar de echar manos á la obra. Nuestros ejércitos se hallaban batidos y el enemigo ocupaba las fronteras de la Francia: ¡bien se conocía que no estaba en ella el HOMBRE! Digo el *hombre* porque así suelen llamarle; pero es una tontería, puesto que él tenía una estrella y todas sus particularidades: ¡nosotros éramos los hombres! Supo cuanto pasaba en Francia después de su famosa batalla de Abukir, en la que sin perder más que trescientos hombres, y con una sola división, venció al ejército grande de los turcos, compuesto de veinticinco mil hombres, y de los cuales envió más de la mitad á que hiciesen gárgaras en la mar. Este fue el último coscorrón que dio en Egipto. Viendo que todo estaba perdido por allá, se dijo á sí mismo:—"Yo soy el salvador de la Francia, bien lo conozco, es necesario que vaya allá." A todo esto el ejército no tuvo la menor noticia de su marcha, pues de otro modo lo habría retenido á la fuerza para hacerle Emperador de Oriente. Cuando llegamos á saberlo, todos nos entristecimos, porque él era nuestra alegría. Dejó el mando del ejército al valiente Kleber, quien tiró pieza de leva, asesinado por un egipcio que fue condenado á muerte, al cual empalaron, que es el modo de guillotinar en aquel país; pero este género de muerte hace sufrir tanto, que un soldado viéndole padecer, le alargó su *calabaza*, y tan luego como el egipcio

bebíó agua, hizo un gesto y se largó con el mayor placer del mundo; pero no nos detengamos en estas bagatelas. Napoleón se embarcó *en una cáscara de nuez*, en un barquichuelo miserable llamado *La Fortuna*, y en menos que se santigua un cura loco, á las barbas de la Inglaterra que le bloqueaba con navíos de línea, con fragatas y con cuanto es capaz de llevar velas, desembarca en Francia, porque ha tenido siempre el don de atravesar los mares de un brinco.

“¿Era esto natural?”

¡No por cierto! Estar en Frejus es lo mismo que decir que estaba en París. Allí todo el mundo le adoraba; pero él sin detenerse, convoca al Gobierno y les dice á aquellos abogados: ¿Qué habéis hecho de los soldados, de mis hijos? Sois una gavilla de tunos que os burláis de todo el mundo, y que estáis haciendo vuestro negocio á costa de la Francia; esto no es justo, y yo hablo por todas las clases del estado que se hallan disgustadas. Quieren ellos entonces meterse á respondones y matarle, pero ¡qué! él me los encierra en su charladero, *los obliga á saltar por las ventanas*, y se los incorpora á su comitiva, donde enmudecen como muertos y se ponen más suaves que un guante. De resultas de este rapapolvo, pasa al Consulado, y como no podía dudar de que la mano del Ser Supremo andaba en todo esto, cumplióle entonces sus promesas; restitúyle sus iglesias; restablece su religión y repican las campanas por Dios y por él. Ya tenemos contento á todo el mundo: *primero* á los ministros del santuario á quienes preserva de atentados; *en segundo lugar*, á las clases industriosas que se entregan á sus especulaciones sin temer el *rapiamus* de una injusta ley; y por último á los nobles, prohibiendo que fuesen asesinados, según la inicua costumbre introducida. Pero *aun quedaban enemigos que ahuyentar*, y como su vista era penetrante se aparece en Italia, como si se asomara

por una ventana, y su mirada lo allana todo. Los austriacos desaparecen en Marengo como platos de guindas en manos de muchachos. En esta ocasión la victoria francesa tomó un tono bastante alto para que el mundo entero la oyese, y fue lo bastante. Nosotros no jugamos más, dicen los alemanes.—Basta con esto, dicen los otros. Total: La Europa se somete, y la Inglaterra se humilla. Paz general en que los Reyes y los pueblos aparentan abrazarse. Entonces fue cuando el Emperador *inventó la Legión de Honor*, cosa bellísima, sí por cierto. ¡En Francia, dijo en Boloña delante de todo el ejército, todo el mundo tiene valor! Así, pues, el paisano que haga acciones brillantes será hermano del soldado, y estarán unidos bajo el pabellón del honor. Nosotros, que estábamos por allá, volvimos de Egipto, y todo lo hallamos cambiado. Lo habíamos dejado general, y en nada de tiempo le hallamos Emperador. La Francia se entregó á él, á fe mía, como una linda moza á un lancero. Cuando sucedió esto con aplauso universal, se celebró una santa y suntuosa ceremonia cual jamás se ha visto en la tierra. El Papa y los cardenales con magníficos ornamentos pontificales le consagraron á la vista del pueblo y del ejército, que con entusiasmo lo celebraron.

Hay una cosa que no podría omitir sin ser injusto. En Egipto, en el desierto cerca de la Siria, se le apareció EL HOMBRE ROJO en la mantaña de Moisés, para decirle: “Esto va bien.” Después en Marengo, la noche de la victoria se le apareció segunda vez y le dijo: “Tú verás el mundo á tus pies, y serás Emperador de los franceses, Rey de Italia, dueño de la Holanda, Soberano de España y Portugal, de las provincias Ilíricas, protector de la Alemania, salvador de la Polonia, primer águila de la Legión de Honor, todo en fin.” Este hombre Rojo, á su modo de ver, era una especie de correo que le servía, según muchos afirman, para comunicar con su estrella. Yo

jamás he creído semejante cosa; pero el hombre Rojo es un hecho verdadero: Napoleón mismo ha hablado de él, y ha dicho que se le presentaba en los momentos de apuro, y permanecía en el Palacio de las Tullerías, en los desvanes. Cuando la coronación, le vio Napoleón por la tercera vez, y estuvieron por la noche tratando de muchas cosas.

Después el Emperador fue en derechura á Milán para coronarse como Rey de Italia. En aquel tiempo empezó verdaderamente el triunfo del soldado. Entonces salieron á oficiales todos los que sabían leer. Llovían pensiones y títulos ducales, tesoros para el Estado Mayor, que nada costaban á la Francia, y la Legión de Honor provista de rentas para el simple soldado, y de las que yo percibo mi pensión. Por último, los ejércitos se hallaban en un pie cual jamás se han visto. Pero el Emperador, que sabía que debía serlo de todo el mundo, pensó en las clases civiles y les hizo construir según sus ideas, monumentos y edificios como por encanto. Por ejemplo, volvía uno de España para pasar á Berlín, y se encontraba arcos de triunfo coronados de simples soldados de buena escultura, como si fuesen Generales. Napoleón, en dos ó tres años, sin oprimir con impuestos, llenó de oro los subterráneos de palacio, construyó puentes y caminos, recompensó á los sabios, instituyó fiestas, dio leyes, creó escuadras y puertos, gastó millones de millones hasta tal punto que, según me han asegurado, habría podido empedrar la Francia con pesos duros si le hubiera dado la gana. Entonces, cuando se vio tranquilo en su trono, y tan dueño de todo, que la Europa esperaba su permiso para hacer cualquier cosa, como tenía cuatro hermanos y tres hermanas, nos dijo como en conversación en la orden del día: "Hijos míos, ¿será justo que los parientes de vuestro Emperador pidan limosna? No. Yo quiero que ellos brillen como yo. Así pues es

absolutamente necesario conquistar un reino para cada uno de ellos; á fin de que el francés sea el amo de todo; que los soldados de la guardia hagan temblar al mundo, y que la Francia escupa donde se le antoje, y que se le diga como en mi moneda; *¡Dios os proteja!*—Estamos conformes, contestó el ejército, *vamos á tomar reinos á la bayoneta.*” Y cuidado que no había que dar paso atrás, *porque si se le hubiera metido en el magín conquistar la luna*, habría sido indispensable que cada uno hubiera visto el mejor modo de componérselas, arreglar la mochilla y *trepar arriba*: por fortuna no se le ocurrió semejante idea. Los reyes, que estaban acostumbrados á las dulzuras de su trono, eran naturalmente perezosos; entonces avanzamos nosotros y el temblor empieza de firme. ¡Qué de hombres y zapatos no consumió en aquel tiempo! Se batía uno tan de veras que otros que no fuesen franceses se habrían cansado. Pero vosotros no ignoráis que el francés ha nacido filósofo, y sabe que un poco antes ó un poco después tiene que morir. Así es que todos nosotros moríamos sin decir una palabra, porque tenía uno el gusto de ver al Emperador hacer esto en las geografías: (al decir estas palabras el orador trazó un círculo con el pie en el suelo) y decía, *“¡esto será un reino!”* Y lo era en verdad. ¡Qué buen tiempo aquel! Los Coroneles ascendían á Generales en menos que canta un pollo; los Generales á Mariscales y los Mariscales á Reyes. Aun hay uno que se sostiene para probarlo á la Europa, aunque es un gascón, traidor á la Francia por conservar la corona, que no se ha muerto de vergüenza, porque, es menester que lo sepáis, las coronas son de oro. Por último, los meros zapadores que sabían leer eran Príncipes también. Yo que os estoy hablando he visto en París once Reyes y un pueblo de Príncipes que rodeaban á Napoleón como los rayos del sol! Bien estáis oyendo que como cada soldado estaba á pique de

calzarse un trono, con tal de que tuviese méritos para ello, *un cabo de escuadra de la guardia era una cosa curiosa* que llamaba la atención, porque cada uno tenía su contingente en la victoria, perfectamente conocido en el boletín. ¡Cuántas no había de estas batallas! Austerlitz, en que el ejército maniobraba como en la parada; Eylau, donde se ahogaran los rusos en una laguna como si Napoleón hubiera soplado sobre ellos; Wagram, donde nos batimos tres días sin separarnos del terreno. En fin, hubo tantas como santos en el almanaque. Así es que entonces se demostró que Napoleón tenía en la vaina la verdadera espada de Dios. En aquella época poseía el soldado su estimación y le amaba como á hijo, ocupándose de si tenía calzado, camisas, capote, pan, cartuchos, aunque él conservaba su majestad, puesto que su oficio era reinar. Mas no importa, un sargento y aun un soldado del tren podía decirle: “Mi Emperador”, como vosotros me decís á mí algunas veces: Querido amigo. Y él contestaba á lo que se le decía, dormía sobre la nieve como nosotros; en fin, él tenía casi el aire de un hombre natural. Yo que os hablo, *le he visto metido de pies en medio de la metralla tan sereno como ahora estáis vosotros*, inmóvil, mirando con su anteojo y atento á su negocio. Entonces, nosotros estábamos allí tranquilos como unos bienaventurados. Yo no sé de qué modo él se las componía, pero lo cierto es que cuando nos hablaba, no parecía sino que sus palabras nos metían un volcán en las entrañas; y nosotros para demostrarle que éramos sus hijos, incapaces de cejar, nos íbamos á paso regular á tomar una batería que vomitaba torrentes de metralla sin decir ¡agua va! Basta decir que los moribundos *llegaban al extremo de incorporarse para saludarle y gritar: ¡viva el Emperador!*

¿Era esto natural? ¿Habráis hecho vosotros esto por un hombre cualquiera?

“Entonces, teniendo establecida á toda su gente, y como la emperatriz Josefina, que era un excelente mujer, tenía la máquina descompuesta, en términos de no poderle dar hijos, se vio en la precisión de separarse de ella, aunque la amaba extraordinariamente. Al saber esta dificultad, todos los soberanos de Europa anduvieron á porfía sobre quién le daría una mujer. El se casó, según se nos dijo, con una austriaca, que era hija de los Césares, un hombre antiguo de quien por todas partes se hablá, y no solamente en nuestro país, donde oís decir que lo ha hecho todo, sino en la Europa. Y esto es tan verdad, que yo que os estey hablando en este momento, fuí al Danubio, donde ví los restos de un puente construído por este hombre, que parece que fue en Roma pariente de Napoleón, por lo cual se creyó autorizado el Emperador para tomar la herencia de su hijo. Después de su casamiento, que fue una fiesta para todo el mundo, y en que eximió al pueblo de contribuciones por diez años, y que sin embargo se pagaron porque las oficinas no hicieron caso, tuvo su mujer un chico que era *rey de Roma*, cosa aun no vista en el mundo; porque jamás había nacido una criatura rey, viviendo su padre. En este día se echó un globo en París para que llevase la noticia á Roma, *y este globo hizo el camino en un día.*

Decidme ahora, ¿hay alguno de vosotros que me sostenga que todo esto era natural? No, ¿esto estaba escrito allá arriba! ¡Sarnoso se vea el que no diga que ha sido enviado por el mismo Dios para que triunfe la Francia!

Pero hé aquí que el Emperador de Rusia, que era su amigo, se enfada porque no se ha casado con una rusa, y sostiene á nuestros enemigos los ingleses, estorbando siempre á Napoleón para que fuese á decirles cuatro palabras á su Isla. Era necesario acabar con aquellos caimanes. Napoleón se enfada también y nos dice:—“¡Sol-

dados! vosotros habéis mandado en todas las capitales de Europa; queda Moscou, que se ha unido á los ingleses. Por lo tanto, para poder conquistar á Londres y las Indias, que son suyas, encuentro que lo más expedito es ir á Moscou.” Entonces reunió el más formidable ejército que jamás se haya visto, y tan escrupulosamente bien alineado que en un día pasó revista á un millón de hombres. —¡Hurra! dicen los rusos, y hé aquí á la Rusia toda entera, y á los animales de cosacos que vuelan.—Era una guerra de país contra país, un levantamiento general de que era menester guardarse. Y como había dicho el Hombre Rojo á Napoleón: “¡esta es el Asia contra la Europa!—Basta, dijo, voy á tomar mis precauciones.” Y hé aquí efectivamente á todos los reyes que vienen á *besar la mano á Napoleón!* El Austria, la Prusia, la Baviera, la Sajonia, la Polonia, la Italia, todo se nos une y nos lisonjea, y esta era cosa magnífica. Jamás arrullaron tanto las águilas como en aquellas paradas, que eran superiores á todas las banderas de la Europa. Los polacos no cabían en sí de gozo, porque el Emperador tenía intención de restablecer su nacionalidad; de aquí proviene que los polocos y los franceses han sido siempre hermanos. En fin, “¡la Rusia es nuestra!” gritó el ejército: entramos bien provistos; marchas y más marchas; pero no vemos á los rusos. Al fin y al cabo nos encontramos á nuestros podencos acampados en el Moskowa. Allí gané yo la cruz, y puedo asegurar que fue una famosa batalla. El Emperador estaba inquieto; había visto al Hombre Rojo, y éste le había dicho: “Hijo mío, vas demasiado de prisa; los hombres llegarán á faltarte, los amigos te venderán.” Entonces propuso la paz; pero antes de firmarla: “peinemos á los rusos,” nos dijo, y el ejército contestó, ¡andando! ¡Ya se nos hace tarde!, gritan los sargentos. Mis zapatos estaban destrozados, mi vestuario roto á fuerza de arrastrarse por aquellos caminos de perdices; ¡no

importa! “¡Puesto que nos hallamos al fin de la broma, quiero, dije á mi sayo, hartarme hasta no más!” *Nosotros nos hallábamos delante del gran foso; ¡allí estaban los primeros puestos!* Dase la señal, y setecientas piezas de artillería empiezan una conversación capaz de hacer arrojar sangre por los oídos. Es necesario hacer justicia á nuestros enemigos: los rusos se dejaban matar en sus posiciones como los franceses, sin ceder un pié, y nosotros no avanzábamos. “¡Adelante, nos dicen, hé aquí al Emperador!” Era cierto, era el mismo que *pasando al galope nos hizo señal* de que importaba mucho tomar el reducto. Nos anima, corremos, y yo fui el primero que llegó al foso. ¡Válgame Dios! ¡era de ver cómo caían oficiales, coroneles, soldados, todo revuelto! ¡no importa! Esto daba zapatos á los que no los tenían, y charreteras á los intrigantes que sabían leer. ¡Victoria! grita toda la línea. Allí vimos lo que jamás se había visto, esto es, veinticinco mil franceses tendidos en el campo de batalla. ¡Perdonen ustedes la cortedad! Parecía aquello un campo de trigo segado: supónganse hombres en lugar de espigas y se formarán una idea exacta. Por nuestra parte ya estábamos serenos. Llega el hombre y formamos al derredor de él. Entonces se nos mostró afable, porque también era suave cuando quería, para que quedásemos satisfechos con poco, teniendo grande apetito. El muy gitano distribuyó las cruces por su mano, saludó á los muertos, y nos dijo en seguida: ¡á Moscou!—¡Vamos á Moscou! contestó el ejército. Tomamos á Moscou; pero hete aquí que los rusos ponen fuego á su ciudad, que ardía en una extensión de dos leguas y que duró dos días, cayendo á tierra los edificios como tejas. ¡Allí era el ver aguaceros de hierro y de plomo derretido que causaban horror! ¡Bien puedo aseguráros que estos fueron los relámpagos que anunciaron nuestras desgracias. El Emperador dijo: “basta con esto; si continuase perdería todo

el ejército." Nos ocupamos en reponernos un poco, porque en realidad habíamos padecido muchísimo. Nos llevamos una cruz de oro que estaba sobre el Kremlin, y cada soldado tenía una pequeña fortuna.

Pero á la vuelta se nos anticipa de un mes el invierno, cosa que los sabios, que son unos animales, no han explicado satisfactoriamente, y *el frío nos ataca*. Se acabó el ejército, ¿me entendéis? ya no hay generales, ni aun sargentos. Entonces empezó el imperio de la miseria y del hambre, reinado en que realmente todos éramos iguales. ¡Nadie pensaba en otra cosa que en volver á ver la Francia: ninguno se bajaba á recoger su fusil ni su dinero; cada cual marchaba como podía, armas á discreción y sin dársele un comino de la gloria! En fin, el tiempo era tan fatal, que el Emperador no veía ya su estrella; había-se interpuesto alguna cosa entre él y el cielo. ¡Pobre hombre! padecía lo que no es decible al ver sus águilas, á las que se había vuelto el santo de espaldas. Esta fue una severa lección para él. Entre tanto llegamos al Beresina. Aquí, amigos míos, puedo aseguraros por cuanto hay más sagrado, por el honor, que jamás, nunca jamás se ha visto semejante pepitoria de ejército, de coches, de artillería, en semejante nieve, y debajo de un cielo igualmente ingrato. Los cañones de los fusiles abrasaban las manos al tocarlos, según la intensidad del frío. Allí se salvó el ejército *por los pontoneros* que se mantuvieron firmes en su puesto, y en donde se portó perfectamente Gondrin, el único que existe de los que sobradamente cabezudos se atrevieron á meterse en el agua para construir los puentes que facilitaron el paso al ejército y salvarse de los rusos, que aun respetaban al ejército grande, á causa de sus victorias. Y Gondrin, dijo señalándole con el dedo, y que le miraba con la atención propia de los sordos, Gondrin es un veterano completo,

un veterano lleno de honor y que es digno de vuestra mayor consideración.

Yo vi, continuó, al Emperador que se mantenía de pie cerca del puente, inmóvil y que no tenía frío. ¿Era esto natural?

Allí miraba la pérdida de sus tesoros, de sus amigos, de sus valientes veteranos de Egipto. Todo desaparecía allí: las mujeres, los furgones, la artillería, todo estaba consumido, destrozado, arruinado. Los más valientes *guardaban las águilas*, porque, mirad, las águilas eran la Francia, erais todos vosotros, eran todo el honor de las clases civiles y militares que debía permanecer puro y no bajar la cabeza á causa del frío. No se reanimaba uno sino cerca del Emperador, porque cuando estaba en peligro, corríamos helados como estábamos, nosotros que no nos deteníamos para tender la mano á los amigos. Dícese también que por la noche le arrancaba lágrimas la consideración de los trabajos que sufría su pobre familia militar. Sólo él y los franceses eran capaces de salir de tan apurada situación, y salieron en efecto, pero con pérdidas, con pérdidas enormes. Los aliados se habían comido nuestras provisiones; todo empezaba á venderle, como le había anunciado el Hombre Rojo. Los parlanchines de París, que callaban desde el establecimiento de la guardia imperial, creyéndole muerto, traman una conspiración en que mezclan al prefecto de policía para echar abajo al Emperador. Llegó á saber estas cosas que le hacen cosquillas, y nos dice al partir: "A Dios, hijos míos; conservad las posiciones, pronto volveré." ¡Qué! sus generales se burlan porque sin él las cosas van de otro modo. Los mariscales se indisponen, hacen desatinos, y esto era muy natural. Napoleón, que era un buen hombre los había engordado con oro, tenían el riñón tan cubierto que ya no podían andar. De esto han provenido todas las desgracias, porque muchos han permanecido

en las guarniciones sin salir á calentar las espaldas al enemigo, á cuya retaguardia se hallaban, al paso que nos empujaban hacia Francia. Pero el Emperador vuelve á nosotros con quintos, y famosos quintos, á los cuales cambió la moral perfectamente é hizo de ellos unos completos perros para morder á cualquiera, con paisanos formados en guardia de honor, bellísima tropa por cierto, que se deshizo como la manteca en la sartén. A pesar de nuestra severa disciplina, todo se declara en contra nuestra. El ejército, sin embargo, continúa haciendo prodigios de valor. Entonces se dieron batallas de montañas, pueblos contra pueblos, en Dresde, Lutzen, Bautzen. . . .

Acordaos de esto vosotros, porque allí fue donde los franceses se mostraron particularmente heroicos, *que en aquellos tiempos no duraba un buen granadero arriba de seis meses.*

Siempre triunfamos; pero los ingleses revolucionaban los países que dejábamos á retaguardia, contándoles paparruchas. Al fin atravesamos por enmedio de estas naciones. Por todas partes que se presentaba el Emperador, desembocábamos, porque tanto por mar como por tierra, cuando él decía: “¡Quiero pasar!”, pasábamos. Por fin de fines, llegamos á Francia, y hay algunos pobres soldados á quienes, á pesar de la crudeza del tiempo, ha puesto el alma en un estado satisfactorio. En cuanto á mí puedo decir que esto me refrigeró la vida. Pero en éstas y en esotras era necesario defender á la Francia, la patria, la bella Francia, en fin, contra toda la Europa que nos quería mal por haber querido imponer la ley á los Rusos, lanzándolos á sus fronteras para que no nos comiesen, como es la costumbre del Norte, que apetece el Mediodía, según he oído decir á muchos generales. Entonces vio el Emperador á su propio suegro, á sus amigos á quienes había hecho reyes, y á los canallas á quie-

nes había devuelto sus tronos, todos contra él. En fin, hubo franceses y aliados que, en virtud de órdenes superiores, se volvieron contra nosotros, en nuestras mismas filas, como en la batalla de Leipsick. ¿No es este un proceder horrible de que aun los simples soldados serían poco capaces? ¡Esta gente faltaba á su palabra tres veces al día, y se llamaban príncipes! Entonces se hizo la invasión; mas por cualquier parte que nuestro Emperador mostraba su semblante de león, retrocedía el enemigo, é hizo entonces más prodigios defendiendo á la Francia, que cuantos había hecho para conquistar la Italia, el Oriente, la España, la Europa y la Rusia. Quiso entonces enterrar á todos los extranjeros para enseñarles á respetar á la Francia; y los dejó venir sobre París para tragárselos de un bocado, y elevarse al último grado del genio dando una batalla más grande que todas las otras, una batalla, en fin, por excelencia! *Pero los parisienses concibieron miedo por su pellejo de á ochavo* y por sus tiendas de á dos cuartos, y abrieron sus puertas. Comienzan las Ragusadas y terminan las dichas, fastidian á la emperatriz, *y el pabellón blanco se cuelga en las ventanas*. En fin, los generales á quienes había hecho sus mejores amigos, le abandonan por los Borbones, de quienes jamás se había oído hablar. Entonces se despidió de nosotros en Fontainebleau. “¡Soldados!... Me parece que lo estoy viendo todavía: todos nosotros llorábamos como verdaderos hijos; las águilas y banderas estaban inclinadas como para un entierro, porque bien puede decirse, eran los funerales del imperio, y sus brillantes ejércitos no eran ya más que esqueletos. Dijonos, pues, desde lo alto de la escalinata del palacio.—“¡Hijos míos, somos vencidos por la traición, pero nos volveremos á ver en el cielo, patria de los valientes; defended á mi hijo que os confío: viva Napoleón II!” Habíase propuesto morir; y para no dejar ver á Napoleón vencido, tomó una cantidad de vene-

no capaz de matar á un regimiento, porque como Jesu-áristo antes de su pasión, se creía abandonado de Dios y de su talismán; pero el veneno no le produjo efecto alguno. Se reconoce inmortal, y seguro en tal concepto de ser siempre Emperador, va por algún tiempo á una isla á estudiar el temperamento de los que parecen destinados á ser eternamente necios. Mientras que componía su comitiva, los *chinos* y los animales de la costa de Africa, berberiscos y demás que no son nada cómodos, le tenían de tal manera por otra cosa superior á un hombre, que respetaban sus banderas, y decían que tocar á él era ofender á Dios. El reinaba sobre el mundo entero, mientras éstos le habían arrojado de la Francia. Entonces se embarca en la misma cáscara de nuez de Egipto, pasa á la vista de los navíos ingleses, pone los pies en Francia y ésta le acoge gritando: ¡Viva el Emperador! El entusiasmo por esta maravilla de los siglos fue inmenso, y el Delfinado se portó muy bien; yo tuve la mayor alegría cuando supe que los habitantes lloraban de gozo al volver á ver á su levita aplomada.

El 1º de Marzo desembarcó Napoleón con doscientos hombres para conquistar el reino de Francia y de Navarra, que el 20 de Mayo volvió á ser el imperio francés. El hombre se hallaba en París en esta fecha; habiéndolo escombrado todo bien, recobró su amada Francia, y reuniendo sus veteranos solamente les dijo dos palabras: ¡Vedme aquí! ¡Este es el mayor milagro que Dios ha hecho! Antes que él ¿ha habido algún hombre que conquistase un imperio sin más que enseñar su sombrero? Creían algunos que la Francia estaba abatida; pero no era así. A la vista de las águilas se organiza un ejército nacional, y marchamos á Waterloo. Allí murió la guardia de un solo golpe. Desesperado Napoleón, se arrojó por tres veces sobre la artillería enemiga con los

(Concluirá.)

BIBLIOTECA ECONOMICA

45 volúmenes publicados, que contienen:

TOMO I.

- 1º "El primer beso," por J. Antonio Delgado; "Tapaligui," por Ricardo Fernández Guardia; "Palimpsestos," por Rubén Darío; "Amor ideal," por E. Góm z Carrillo; "Ondina," por Ramón Rosa.
- 2º "Florilegio," (colección de pensamientos de autores ilustres)
- 3º "En las aguas de Abano," novela por Emilio Souvestre; "El Chapín," "El Guanaco," (cuadros de costumbres) y "El Almanaque," por José Milla.
- 4º "La Garza," "Las tardes de abril," "A mi gallo," (poesías,) por Juan Diéguez; "Fragmentos descriptivos" de los poemas de Batres Montúfar; "San Juan," "La Rosa," "Yo pienso en ti " por el mismo
- 5º "Víctor Hugo," por Emilio Zola; "Waterloo," por Víctor Hugo
- 6º "Waterloo," (conclusión,) por Víctor Hugo; "La tela invisible," por Hans Christian Andersen, y "En familia...yankee," por Heinrich Urban.
- 7º "Poesías," por Caixto Velado.
- 8º "Edgar Poe," por Carlos Baudelaire; "Ligeia," por Edgar Poe.
- 9º "Cuatro palabras con una momia," "El Gato Negro," "La barrica de Amontillado," "El cuervo." por Edgar Poe.
- 10º "José Cecilio del Valle," por Rómulo E. Durón; "Acta de independencia," "El sabio," "Los maestros," "El campo," "Elogio fúnebre del p. Goicoechea," por José Cecilio del Valle; "Valle, juzgado por Barrundia."

TOMO II.

- 11º "Cuentos populares," por don Antonio de Trueba.
- 12º "Poesías," de Vicente Aróst.
- 13º "Dos idilios," por Ludovico Halévy.
- 14º "Dos idilios," (conclusión,) por Halévy; "La moral del matrimonio," por W. S. Lilly; "Quién tiene lo culpa?," por Amelia E. Barr y Rosa Terry Cooke.
- 15º "El Crimen de Julieta," por Charles Corbin.
- 16º "El Crimea de Julieta," (conclusión), por Charles Corbin; "Elogio fúnebre de Fr. Matías Córdoba," por José Milla; "La tentativa del león y el éxito de su empresa," por Fr. Matías Córdoba
- 17º y 18º "Efemérides Centro-americanas," por Alejandro Marure.
- 19º "Tradiciones " por Ricardo Palma.
- 20º "Poesías" de Salvador Díaz Mirón.

TOMO III.

- 21º "Tres héroes," por Juan Montalvo.
- 22º "Lohengrin," por Ricardo Wagner.
- 23º "Páginas alegres," por Luis Taboada.
- 24º y 25º "Cyrano de Bergerac," por Edmundo Rostand.
- 26º y 27º 28º "Werther," por Goethe.

- 29º "San José," por Alejandro Dumas; "La novia ó el tigre," por F. R. Stockton; "Odio de mujer," por Luis Ulbach.
30º "Artículos y Biografías," por Pedro Ortiz.

TOMO IV

- 31º y 32º "Poesías" de Rubén Darío.
33º "Estudios críticos," por Juan Bertis.
34º "Manfredo" por Lord Byron.
35º "Manfredo" conclusión y Peregrinación de Childe Harold (fragmento,) por Lord Byron.
36º "Semblanza de Lamartine," por José M^a de Heredia; "Biografía de Homero," por Lamartine.
37º, 38º y 39º "Filigranas," por Edmundo de Amicis.
40º "Una dote," por Ernesto Legouvé; "Un alcalde popular," por Federico Mistral.

TOMO V

- 41º "Flores de literatura china "
42º "Enigmas de la vida," por el Conde León Tolstoi.
43º "Poesías," por Julio Flórez.
44º "Cuentos," por Catulle Mendès.
45º "Historia del Emperador Napoleón," por Balzac.
Siempre lectura SANA y selecta.

La Agencia

de la PACIFIC MAIL S. S. C. y de la COMPAÑIA de AGENCIAS de ACAJUTLA, LIMITADA, queda establecida desde esta fecha en la **4ª Calle Oriente, N° 10**, casa contigua á la que ocupó antes el Casino Salvadoreño.

Horas de oficina: 8 á 11 a. m. y 2 á 5 p. m.

San Salvador, enero 25 de 1900.

Yanuario Blanco,

Agente.